

Francesco Tonucci en Bogotá

“Cuando era niño estaba convencido

● Textos y fotografías: Henry Sánchez, editor Magazín Aula Urbana



12

Francesco Tonucci es un pedagogo italiano con una creativa e interesante visión sobre la función de la escuela y de los adultos en relación con los niños y los jóvenes. Sus viñetas, firmadas con el seudónimo Frato, hace 35 años que recorren el mundo explicando la peculiar visión educativa y pedagógica de este abogado de la niñez.

Existen en Italia varias localidades con el nombre Fano: Isola di Fano, Fano Adriano –en los Abruzzos–, y el Fano donde nació Clemente VIII, en la costa sobre el Adriático. ¿Cuál de éstos es su patria chica?

Nací en el Fano que está sobre el mar Adriático, una ciudad turística con 60 mil habitantes. Su nombre, Fano, deriva de la palabra latina para templo; es una población de origen romano –atravesada por la vía Flaminia, una vía consular romana–, que recorre Italia desde Roma hasta el Adriático.

Su niñez transcurrió durante la dura época de la segunda posguerra, y creció usted en un país marcado por la violencia política, digamos, un poco entre Peppone y Don Camilo. ¿Cómo era ese panorama visto por los ojos de un niño?

Nací un mes antes de que Italia entrara en la Segunda Guerra. Mis primeros recuerdos son los del bombardeo de nuestra ciudad. Es extraño, pero estos recuerdos no son de horror o de sufrimiento. Con sinceridad –aunque no sé si estará bien decirlo–, para mí el recuerdo de esa noche de bombardeo es el de una noche como de fuegos de artificio: las bengalas iluminando el puerto, las bombas que explotaban... la noche pasada en el refugio, en compañía de los adultos; estar despierto mucho después de la hora de ir a la cama fue una fiesta y una aventura. Además, las casas destruidas por las explosiones fueron más adelante escenarios preciosos para nuestros juegos.

Tengo que aclarar que el enfrentamiento de los años cincuenta entre el comunismo y la democracia cristiana, enmarcado en la Guerra Fría, nunca fue una experiencia de violencia dirigida a los niños. Viví una situación dura, pero también bastante feliz; no teníamos todo lo que los niños tienen hoy, no había juguetes, no había vestidos para niños ni tiendas especializadas en niños, pero éramos niños felices.

El niño no había sido incorporado a la cadena consumista...

Exactamente: el niño era más un elemento de la familia que de la sociedad, y los juguetes teníamos que construirlos nosotros mismos. Creo que esto para mí fue una suerte. Los juguetes llegaban con los Reyes, el 6 de enero, era el momento donde podía llegar un juguete cada año, no cada día.

Desde ese punto de vista, ¿cómo era la vida del pequeño Francesco a la edad de

ocho o diez años, comparada con la de un niño en la actualidad?

Este es un tema interesante, porque fue el que me motivó para pensar en algunos temas de la infancia. Hay fuertes diferencias; nosotros nos movíamos solos: yo salía de casa para ir a la escuela, aunque nuestros padres nos acompañaban el primer día, después íbamos con los amigos. El recorrido hacia allí era un momento de encuentro, y salíamos de casa lo más pronto posible.

Vivía en el casco antiguo de la ciudad; nuestro hogar quedaba sobre la vía Flaminia, calle peligrosa por el tráfico automotor, que, aunque era escaso en la época, igual mataba, como matan los autos de hoy. Después de comer y de hacer las tareas salíamos a la calle, pues allí estaban nuestros amigos y nuestros intereses. Más tarde, también allí estaban los libros, las películas... todo estaba fuera de casa.

Observo que ahora es lo contrario, los niños viven toda su experiencia en la casa, gracias a recursos como la televisión –una niñera formidable–, y el Internet.



o de que sería pintor”

También recuerdo que frecuentemente los adultos estaban ausentes de casa, dedicados a sus quehaceres. Si los adultos no están, los niños tienen que poner en movimiento todas sus capacidades y ejercer cierta autonomía. Cuando hablo de autonomía en los niños no estoy proponiendo una conducta anárquica; autonomía no significa que los niños hagan lo que quieran, cuando quieran y como quieran.

Nosotros, en nuestra niñez, teníamos la posibilidad de salir de casa, pero dentro de un marco restringido. Había reglas de tiempo: debes volver a tal hora; reglas de espacio: no debes ir más allá de determinado lugar; reglas sociales: no tienes que frecuentar determinadas personas; y reglas de actitud y de comportamiento. Si se rompían las reglas venía el castigo, generalmente físico. Es claro que nuestro interés como niños era llegar al límite de las reglas, y posiblemente, forzarlas un poco. Esto es lo que se llama crecer. Y las reglas crecían con el niño.

Hoy, falta toda esta dimensión de autonomía; y es frecuente escuchar en boca de padres y profesores: “Los niños de hoy no tienen reglas ni límites, no tienen una capaci-

dad de control”. Por supuesto, ¡si viven guiados por la mano simbólica del adulto! Bien sea por el padre, el profesor, el catequista, el instructor o el bibliotecario, los niños pasan de un lugar a otro siempre bajo el control de los adultos. Si hay un adulto que ejerce el control, las reglas las maneja éste.

“¿Por qué tengo —piensa un niño— que preocuparme por el tiempo si estoy con papá? Lo que voy a hacer, es alargar el tiempo lo más posible. Si estamos retrasados, papá ordenará que nos demos prisa”.

Este control va en contra de la creación de un sentido de la responsabilidad en los niños. Al niño no le compete la responsabilidad, pues como no tiene el control, no la necesita, y tampoco debe elaborar reglas y controles. Cuando mi hijo mayor salía de casa, le decía: “A las ocho en casa, para cenar”; y él sabía que si no llegaba a casa a las ocho, el día después no tenía permiso para salir. De modo que elaboró un sistema de control de tiempo, a pesar de que no tenía reloj; y hoy, puedo confiar en que es un hombre puntual.

¿Dibuja usted desde niño?

La experiencia más temprana que recuerdo es la de dibujar y cortar figuras en papel. Papá era enfermero, y juntaba las cajas vacías de medicamentos y las llevaba a casa para que las usáramos como juguetes; nuestra infancia pasó transformando esas cajas en casas, parqueaderos, coches, fincas, castillos... después, con tijeras, cortábamos papel para crear personajes, que llenaban aquella casa humilde que habitábamos.

Recuerdo que una ocasión, en la escuela infantil, por la Navidad, dibujé un pesebre con tiza en la pizarra, y vinieron maestros de otros cursos para ver mi obra. Esta imagen la tengo fijada en la memoria.

Me gustaba mucho visitar los estudios de los pintores de mi pueblo, pues me encantaban los olores del óleo y de la trementina, de la linaza, de todos estos elementos que se utilizan en la pintura. Ellos me regalaban los tubos de pintura semivacíos, y yo iba a casa, abría estos tubos de plomo y aprovechaba los fragmentos de color; con el plomo hacía figuritas, aún conservo un crucifijo que hice por esos años.

¿De qué modo empezó a incorporar el cómic en la difusión de sus conceptos pedagógicos?

Cuando comencé a dibujar, consideré que mis dibujos eran algo privado, que nunca pensé exponer al público.

De niño, pensaba que iba a ser pintor, pero mi historia tomó otro camino, a pesar de que no pensaba en absoluto dedicarme a la docencia. Tuve un amigo pintor que me

propuso viajar a Nueva York, a su costo, para ayudarme a estudiar pintura; pero no tuve el valor de tomar una decisión tan radical, y preferí estudiar para maestro.

Posteriormente, en el 66, mi vida cambió en todos los sentidos, ya que me casé y mi mujer y yo abandonamos nuestras regiones de origen —mi mujer la Toscana, y yo, el Adriático—; fuimos a Roma, donde entré a trabajar en el Consejo Nacional de Investigación, formamos una familia y empezamos a laborar.

Dos años después, explotaron los acontecimientos del 68 —explotaron no es una metáfora, es un término exacto—; acontecimientos que viví desde la óptica del profesional, no desde la estudiantil, pues los estudiantes fueron los más activos. Vivimos experiencias importantes, como la fundación de una escuela popular para niños.

La idea de incorporar el cómic se presentó a raíz del concepto sesentayochesco que invitaba a profesionales, científicos y académicos a conectarnos con la gente del común, a participar en la búsqueda de lenguajes para la comprensión general, lenguajes que no fueran asequibles sólo para los especialistas. Nacían las épocas de la divulgación y la vulgarización científica.

En principio, creí que la experiencia con las viñetas sería corta y reducida. No fue así, ya que fue apreciada, y se publicó un extenso artículo a todo color en el diario *L'Espresso*, y después, una revista de pedagogía infantil editada en Milán se interesó por este trabajo. Cuando tuve bastantes dibujos, decidimos —junto con la editorial—, editar un libro, y posteriormente se editaron otros más.

En el año 76 entré en España por invitación a un congreso de cooperación educativa. Era un momento mágico, ese momento en que España estaba en una búsqueda, en un proceso de apertura, de democratización. Esa actitud refrescante reconoció lo útil y lo próximo en mi trabajo, y desde esa época he sido permanente visitante de España. Algunos años visito el país hasta cuatro o cinco veces, para dar conferencias y participar en debates: todas mis obras se han publicado allí.

¿No temió en ese momento que el cómic, con su reputación de mensajero de la cultura ligera y popular, afectara la seriedad académica del contenido pedagógico de su propuesta?

Empecé a firmar las viñetas como Frato, que es la conjunción de las primeras sílabas de mi nombre y apellido, por vergüenza de que un investigador en pedagogía como yo, publicara caricaturas. Al final, este trabajo ha tenido un reconocimiento importante. A finales de los años 80, mi cuarto libro de dibujos, *La soledad del niño*, se publicó en

Me gustaba mucho visitar los estudios de los pintores de mi pueblo, pues me encantaban los olores del óleo y de la trementina, de la linaza, de todos estos elementos que se utilizan en la pintura.



Francia, porque René Zazzo¹, que considero un poco el padre de la psicología francesa, catalogó mis caricaturas como textos científicos en pedagogía y psicología. Unas líneas que versan sobre mi trabajo fue el último texto que escribió Zazzo antes de morir, como me contó su esposa.

Pues bien, pensaba –y por ello “disfranzaba” mi autoría, ahora siento vergüenza de haberlo hecho–, que dibujar caricaturas no era serio por parte de un investigador. Al contrario, hoy, con bastantes años vividos, defiende con entusiasmo esta forma antiacadémica de proponer las cosas, y doy razón a René, que consideraba algunas de estas viñetas como textos científicos de cultura pedagógica. Debe existir alguna razón para que el Magisterio español utilice mis libros de viñetas como textos de formación para el profesorado.

¿Se considera outsider en el mundo de la investigación en educación?

Sí, bastante, porque elegí cosas distintas de las que obligaba la tradición, tanto en la investigación como en la academia. Por ejemplo, sólo escribo lo que veo, pienso y escucho. Nunca me ha gustado sumar lecturas sobre lecturas para provocar nuevas lecturas... sin afirmar que una cosa sea mejor que la otra.

... no se siente usted Umberto Eco.

No, no, en absoluto, lo contrario, me siento bastante ignorante. Es verdad que estudié la filosofía, y de ésta a los autores más importantes, como Kant, Spinoza, Descartes y Aristóteles, directamente sobre sus textos y en todas sus obras, tal como exigía la Universidad Católica de Milán. Esto me obligó a un esfuerzo de estudio tan fuerte, que terminé exhausto. Por ello, en mis investigaciones acerca de la educación privilegio una relación directa con los hechos. De modo que puedo discutir con los maestros acerca de las características de los elementos educativos, como el pupitre o el pizarrón. He enseñado cursos acerca del uso de la pizarra; y... bueno, un maestro puede pensar que alguien que viene de la universidad, que es extranjero..., seguramente no tiene experiencia sobre la vivencia real en el aula.

Otro elemento que me hace *outsider* en el mundo de la investigación es que no aprendí inglés –que en estas esferas es considerado viático indispensable–, a pesar de que viví un año en Guildford, cerca de Londres, tratando de aprender el idioma. Allí viví como un burro, porque en la clase de inglés



Empecé a firmar las viñetas como Frato, que es la conjunción de las primeras sílabas de mi nombre y apellido, por vergüenza de que un investigador en pedagogía como yo, publicara caricaturas.

era el más viejo, el peor de la clase y hacía trampas para solucionar lo que no entendía. Me sentía tan solo, que entendí claramente lo que siente un niño que tiene problemas escolares. Posteriormente descubrí el español, y decidí dejar de lado el inglés; esto fue para mí una decisión muy importante.

El 68 ya es historia y vivimos los días de la globalización. ¿La tendencia a la uniformidad contenida en la aldea global hará que los modelos educativos se uniformen, sin responder a las necesidades culturales específicas de cada pueblo?

Noto que hasta ahora, el concepto de la globalización es muy eficiente... para lo peor, y no consigue efectos reales sobre las cosas importantes, como son los compromisos por la paz, la solidaridad, la salvación del mundo y el desarrollo sostenible. Al contrario, estamos globalizando todo lo peor. Por ejemplo, la inmediatez y simultaneidad de la información televisiva hace próximos e inmediatos peligros existentes en regiones alejadas de nuestros hogares.

Me “chocó” mucho, que, en un pueblo pequeño de Italia, donde estaba presentando la idea del libre desplazamiento de los niños, una señora me dijese: “Sí, lo entiendo, pero tenemos miedo de los violadores de niños”. “¿Habéis tenido casos recientes?”, pregunté. La señora me miró como si estuviese

loco y me contestó: “¿Aquí? ¡Nunca!” “Entonces –seguí preguntando–, ¿a qué teme?” La señora respondió: “Siento temor porque he visto casos de violaciones a niños en la televisión”. La aldea global es real, pero es real en este sentido.

La gente ríe cuando hago notar que la globalización difunde los aspectos peores de la civilización contemporánea. Aquí se repite el caso de las absurdas tareas reiterativas a que son sometidos los niños en la escuela infantil, como aquella que consiste en pegar en un papel muchos granos de arroz coloreados, o pinchar papeles. Estas técnicas, que son tan aburridas y más adecuadas a una cadena perpetua carcelaria que a la escuela, esto sí que se reproduce mundialmente, pues las encuentro en todos los países que visito.

¿El entretenimiento pasivo, como ver la tele, y pequeñas delicias como los videojuegos han enriquecido o empobrecido el universo infantil?

Las dos elementos son distintos y ambos tienen distintas responsabilidades. La televisión es potencialmente de gran interés educativo, y hoy en día es posible decir que los niños aprenden más de la TV que de la escuela. La TV tiene un poder, una capacidad muy fuerte para interactuar con los niños. Esta es la potencialidad positiva, pero la televisión tiene también muchas potencialidades negativas, como asumir el papel impropio de niñera de bajo precio y con gran capacidad de entretención. La pantalla es capaz de inmovilizar niños por mucho tiempo, y un niño inmóvil es un niño sin niñez.

Si la TV tiene a los niños inmovilizados, impide que ellos hagan otras cosas, muchas cosas más importantes para ellos, como vivir experiencias de juego, de aventura y de descubrimiento, aspectos del crecimiento que los niños de hoy prácticamente desconocen, sin descontar el perjuicio para la salud: el niño ante la TV come bocadillos y consume bebidas gaseosas de manera incontrolada, y esta “voracidad contemplativa” es en gran medida responsable de las altas tasas de obesidad infantil.

Además, la TV corrompe a los niños porque los transforma en compradores.

En cuanto al videojuego, lo considero un elemento de bajo nivel. De éste me preocupa, no tanto la violencia que usa el mecanismo del juego como tal, sino la que el niño ejerce contra sí mismo, pues el videojuego siempre propone un objetivo más alto y se basa en un principio de competición, que va en contra de los objetivos de cooperación y de colaboración que proponemos. Pienso que es un instrumento que nace como posible entretenimiento para niños solitarios, y creo que los niños no deben estar solos. ●

¹ Psicólogo y pedagogo francés. Pionero en psicología escolar, extendió la inserción de la psicología en la educación, iniciada por Binet. Su trabajo, relacionado con la psicología infantil, se enfocaba en los problemas de debilidad y dislexia (París, 1910-1995).